

es decir, admites en principio la justicia de todas las extravagantes reclamaciones que pueda dirigirte.

—Pero algo le he de decir; de otro modo me espongo á ser apedreado en las calles. Vosotros los filósofos, por mas superiores que seais á los dolores del cuerpo, no debéis olvidar que nosotros los pobres mundanos tenemos huesos que pueden romperse.

—Entonces le dirás, y esto solamente de palabra, que como los informes que te ha enviado son el resultado de sus noticias particulares, y no le conciernen como obispo, sino que se refieren á un asunto cuyo conocimiento te pertenece como magistrado, no puedes tomarlo en consideracion sino cuando te los dirija como persona particular, presentando una justificacion en forma ante tu tribunal.

—¡Magnífico! reina de los diplomáticos como de los filósofos. Voy á obedecerte. ¡Ah! ¿por qué no serás Pulqueria? Pero no, porque entonces Alejandría quedaria sumida en la oscuridad, y entonces Orestes perderia la felicidad suprema de besar esta mano que Palas

cuando la hizo debe haber tomado del taller de Afrodita.

—Recuerda que eres cristiano, contestó Hipatia sonriéndose.

Despidióse el prefecto, y atravesando el salon exterior, que estaba ya lleno de los aristocráticos pupilos y visitantes de Hipatia, se abrió paso saludando á todos, y llegó á su carruaje pensando interiormente con placer en la seca respuesta que pensaba dar á Cirilo, y consolándose con el único texto de la Escritura que le parecia verdaderamente inspirado: “bastante es por hoy el mal que se ha hecho.”

A la puerta habia una multitud de carros, esclavos que tenian los quitasoles de sus amos, y pilluelos del mercado, tan comunes en Alejandría entonces, como despues en todas las grandes ciudades, los cuales, á pesar de los corrones que recibian de los guardias del prefecto, no cesaban de mirarlo, calculando qué especie de glorioso personaje podria ser Hipatia, y qué especie de gloriosa vivienda la suya, cuando era visitada por el escelso prefecto de Alejandría. Tambien habia entre la multitud plebeya muchos rostros des-

contentos y sombríos, mucha gente que murmuraba abiertamente de que el prefecto fuese con tanto aparato á visitar la casa de una muger pagana, antes de oír las demandas de los pobres en el tribunal ó de rezar sus oraciones en la iglesia.

Estaba subiendo Orestes en su curriculo, cuando vió bajar las escaleras de la casa de Hipatia á un jóven de elevada estatura, y tan lujosamente vestido como él mismo, y dirigirse negligente-mente hácia el negrilla que le aguardaba con el quitasol.

—¡Ah! ¡Rafael Aben-Ezra, mi excelente amigo! ¡Qué propicia deidad.... mártir, quiero decir.... te trae á Alejandria, precisamente cuando mas te necesito? Sube á mi lado y hablaremos un poco mientras me llevan al tribunal.

El jóven á quien se dirigian estas palabras se adelantó lentamente, saludando con humildad afectada, humildad que sin embargo no podia ocultar, ni en realidad trataba de hacerlo, la expresion de desprecio y de indolencia pintada en su rostro; y preguntando en tono indolente:

—¿Y con qué benévolo objeto se digna el representante de los Césares hacer tanto honor al mas humilde de sus... &c., &c.? La penetracion del lector comprenderá lo demás.

—No te asustes, no voy á pedirte dinero, contestó Orestes con amable sonrisa, mientras que el judío subia al curriculo.

—Me alegró saberlo, porque verdaderamente un usurero es bastante para una familia. Mi padre reunió el caudal que tengo, y yo gastándolo creo hacer todo lo que puede exigirse de un filósofo.

—¡Magnífico tiro de caballos blancos de Nisa! ¿no es verdad? y entre todos los cuatro no hay mas que uno calzado.

—Sí.... pero los caballos son una carga, segun veo, como todo lo demás. Ya caen malos, ya se desbocan, ya le quitan á uno la tranquilidad de una manera ó de otra. Además, vengo aburrido con las comisiones que he tenido que desempeñar en Cirene para compra de perros, caballos y arcos por cuenta de ese Nemrod episcopal llamado Sinesio.

—¡Hola! ¿y para una vida tan activa como siempre?

—¿Activa? no me ha dejado descansar.

sar un minuto en tres dias que he estado con él. A las cuatro de la mañana ya está levantado, y siempre con una salud infernal; y desde aquella hora no cesa de cultivar la tierra, de correr, de cazar, de perseguir las bandas de merodeadores negros, de predicar, de pedir dinero, de bautizar, de escomulgar, consolar á las ancianas, proporcionar dotes á las jóvenes, escribir sobre filosofia, y dentro de media hora sobre veterinaria: luego la noche la pasa escribiendo poesía, y á la madrugada vuelta á montar á caballo; y á todo esto sin hablar mas que del deseo que tiene de retirarse del torbellino del mundo. ¡Libreme el cielo de estos torbellinos de dos piés.... A propósito, en el mismo buque en que he venido ha llegado tambien una hermosa jóven de mi nacion, con un cargamento que creo convendrá á tu excelencia!

—Hay muchas jóvenes hermosas de tu nacion que me convendrian sin cargamento ninguno.

—¡Ah! las jóvenes de mi nacion siempre han tenido gran partido desde los dias de Jeroboan, hijo de Nebat! Pero te hablo de la vieja Miriam, á quien co-

noces. Ha prestado dinero á Sinesio para combatir á los negros; y realmente ya era tiempo, porque han quemado todos los pueblos en muchas millas á la redonda de la provincia. Pero al mismo tiempo que esa atrevida vieja socorria á Sinesio, ha querido hacer un buen negocio; ha ido al Atlas, ha comprado todas las cautivas y algunos de sus hijos é hijas por cuentas y hierro viejo, y ha venido con un cargamento tan hermoso de beldades líbicas como puede desear un prefecto de buen gusto.

—¿Supongo que tú habrás escogido ya, amigo Rafael?

—No tal. Las mugeres son una plaga, segun pudo convencerse de ello Salomon hace mucho tiempo. Yo empecé como él por tener el harem mas selecto de Alejandria; pero armábasen tantas disputas, que un dia salí y las vendí todas, excepto una que era judía y que conservé por no dar que decir á los rabinos. Despues probé á vivir solamente con una como hizo Salomon; pero mi jardin cerrado y mi fuente sellada exigia que estuviese siempre enamorado de ella, de suerte que me presenté á los jurisconsultos, la concedí una buena

pension para mantenerse, y ahora me encuentro completamente libre y dispuesto á auxiliar á tu excelencia con mi buen gusto y con la esperiencia que pueda poseer en este punto.

—Gracias, digno judío; yo todavía no me encuentro tan aburrido como tú, y enviaré á buscar esta tarde á esa vieja. Ahora hablemos de negocios políticos. Cirilo me ha escrito que vosotros los judíos habeis urdido un complot para asesinar á los cristianos.

—No tendria nada de extraño: celebraria mucho que fuera verdad; y bien considerado, es muy probable que lo sea.

—¡Por los inmortales. . . . santos! ¿estás loco?

—¡No lo permitan los cuatro arcángeles! Ese no es asunto que me concierne. Todo lo que puedo decirte es que mi pueblo es un gran necio como el resto del mundo, y que tiene esa intencion. Por lo demás, no logrará llevarla á cabo, y eso es cuanto te interesa; pero, si contra mi opinion crees que el asunto vale la pena de tomar informes, dentro de ocho dias tengo que ir á la sinagoga para mis asuntos, y preguntaré á

algun rabino lo que hay sobre el particular.

—¡Hombre indolente! ¿Pues no sabes que tengo que contestar á Cirilo hoy mismo!

—Razon mas para no hacer preguntas á ningun judío. Puedes contestar sin riesgo de mentir, que no sabes nada de ese asunto.

—Bien considerado, la ignorancia es una gran defensa para los hombres públicos. Por consiguiente, no te precipites por traerme noticias.

—Te aseguro que no me precipitaré.

—Dentro de diez dias ó así. . . .

—Exactamente, cuando todo haya concluido.

—Y nada pueda remediarse. ¡Qué consuelo es á veces el decir: no ha podido remediarse!

—Es la raiz y la médula de toda la filosofia. El hombre práctico, como un pobre diablo, procura remediar este mal y el otro, y atormenta su caletre discutiendo medios, procurando preveer, tratando de evitar. Pero el filósofo dice tranquilamente, no puede remediarse; si debe ser, será; si es, ha debido ser; nosotros no hemos hecho el mundo y

no somos responsables de lo que en él sucede. Esta es la suma y sustancia de la verdadera sabiduría, y el epítome de todo cuanto se ha dicho y escrito sobre el asunto, desde Filon el judío hasta Hipatia la gentil. Pero ahí viene Cirilo bajando las escaleras del Cesáreo. ¡Hermosa presencia! aunque de gesto avinagrado. Viene rodeado de sus servidores. ¡Qué cara de tunante tiene aquel alto! Hablan en secreto: déles el cielo buenos pensamientos.

—Amen, dijo Orestes con sarcasmo y lo hubiera dicho de mejor gana si hubiera podido oír lo que Cirilo decía á Pedro, aquel hombre alto cuyo aspecto tanto había disgustado á Rafael.

—¿Dices que viene de casa de Hipatia? ¿Cómo es eso, si acaba de llegar esta mañana á Alejandría?

—No hace media hora que he visto su cuadriga á la puerta, al dirigirme aquí por la calle del Museo.

—Y habría además otros veinte carruajes.

—La calle estaba atestada. Mira: carruajes, literas, esclavos y gente de posición. ¿Cuándo veremos ese concurso donde debe estar?

Cirilo no contestó, y Pedro prosiguió.

—Donde debe estar, enfrente de tus puertas en el Serapeo.

—El mundo, el demonio y la carne tienen sus adoradores; y mientras existen lugares en que se les dé culto, no hay que esperar que los que los frecuentan vengan á nosotros. Mientras esas escuelas de iniquidad estén abiertas, y los grandes y poderosos acudan á ellas á aprender escusas para su tiranía y ateísmo, continuarán los príncipes de este mundo con su corte de parásitos, gladiadores y usureros influyendo en Alejandría, en vez de los obispos y sacerdotes del Dios vivo.

Llegó á Pedro su vez de guardar silencio; y mientras los dos con su séquito atraviesan la grande esplanada que miraba al puerto y desaparecen en las pobres y miserables calles del barrio de los marineros, les dejaremos desempeñar la misión de caridad á que Cirilo se encamina como ministro del Altísimo, y nos detendremos á oír la conversacion de los dos amigos que iban en el dorado carrículo, tirado por cuatro caballos blancos.

—Buena brisa se levanta de esta par-

te del faro, Rafael, dijo el prefecto: buena para los buques que llevan el trigo.

—¿Han salido ya?

—¿Pues no? envié la primera flota hace tres días y el resto sale hoy del puerto.

—¡Ah! ¿entonces no sabes nada de Heracliano!

—¿Heracliano? ¿Qué diablos tiene que ver el conde de Africa con mis buques que llevan trigo?

—Nada, verdaderamente; y á mí no me importa gran cosa. Solamente se sabe que iba á rebelarse.... pero ya hemos llegado á tu puerta.

—¿A qué? preguntó Orestes alarmado.

—A rebelarse y atacar á Roma, contestó Rafael.

—¡Justos dioses!..... ¡Justo Dios, quiero decir! ¡un nuevo contra tiempo! Entra, entra, y refiere esas noticias á este pobre gobernador. Habla bajo, por amor del cielo: espero que esos tus naves de esclavos no te habrán oído.

—Nada mas fácil que arrojarles al canal si han oído algo, dijo Rafael atravesando negligentemente salones y corredores en pos del prefecto.

El pobre Orestes no se detuvo hasta

que llegó á un pequeño aposento retirado de uno de los patios interiores. Hizo entrar al judío detrás de él, cerró la puerta, se arrojó en una silla de brazos, puso las manos en las rodillas, inclinando el cuerpo hácia adelante, y comenzó á mirar á Rafael con espresion ridícula de terror y perplejidad.

—Dime todo lo que hay, dímelo al momento.

—Te he dicho todo lo que sé, contestó Rafael sentándose tranquilamente en un sofá y jugando con el mango de su puñal adornado de joyas. Creía que estabas en el secreto; de otro modo no te hubiera dicho nada. Ya sabes que ese asunto no me interesa.

Orestes, como todos los hombres débiles y afeminados, especialmente romanos, tenia instintos feroces, y estos instintos se despertaron entonces.

—¡Furias del infierno! ¡Maldito esclavo! ¿hasta dónde piensas llevar tus libertades? ¿No sabes quiéu soy yo, infame judío? Dime todo lo que hay, ó por vida del emperador que te he de hacer arrancar la carne con tenazas ardiendo.

El rostro de Rafael tomó cierta es-

presion rebelde, que mostraba que aun habia en sus venas algo de la antigua sangre judía bajo aquella superficie de afectada indolencia neoplatónica. Sonrióse de un modo desagradable y contestó:

—Entonces, mi querido prefecto, serás el primer hombre de este mundo que ha obligado á un judío á hacer ó decir lo que no quiere.

—¡Lo veremos! gritó Orestes. ¡Hola, esclavos! Y comenzó á dar palmadas para llamar á su gente.

—Cálmese tu esclencia, dijo Rafael levantándose. La puerta está cerrada, el mosquitero cubre la ventana, y este puñal está envenenado. Si algo me sucediere, agraviarás á todos los prestamistas judíos y morirás dentro de tres dias con mucho dolor, sin poder asistir á la cita con la vieja Miriam, perdiendo una amable compañía y dejando tus negocios y los de la prefectura en grave desarreglo. ¡No será mucho mejor sentarse y oír filosóficamente lo que tengo que decirte como un verdadero discípulo de Hipatia, sin tratar de obligarle á uno á referir lo que realmente no sabe? Orestes, despues de haber mirado en

vano si habia por donde escaparse, se volvió á sentar tranquilamente en su silla; y cuando los esclavos llamaron á la puerta, habia recobrado su serenidad filosófica lo bastante para mandar llamar, en vez de los verdugos, á un page con vino.

—¡Ah! vosotros los judíos, dijo tratando de echar á risa lo que habia pasado, continuais siendo tan perversos como en tiempo de Tito.

—Los mismos, mi querido prefecto. Ahora bien, vamos al punto importante, á lo menos para los gentiles. Heracliano vá á rebelarse, segun me ha dicho Sinesio; ha preparado un armamento para atacar á Ostia; ha detenido la salida de su cargamento de trigo, é iba á escribirte para que detuvieses la del tuyo con el fin de matar de hambre á la ciudad eterna con sus godos, su senado, su emperador y todos sus habitantes. Ahora tú sabrás si debes acceder ó no á esta sencilla peticion.

—Eso dependerá de los planes que Heracliano tenga.

—Se entiende. No era de erperar que sirvieses sus miras, á no ser que el asunto valiera la pena.

Orestes quedó abismado en profunda meditación.

—Pues claro está, dijo al fin sin saber lo que decía. Despues, temiendo haberse descubierto demasiado, miró ferozmente al judío.

—¿Y cómo sabré yo si eso que me dices no es una trama infernal de tu gente? Dime cómo lo has sabido, ó por Hércules (Orestes habia ya olvidado que era cristiano), por Hércules y por los doce dioses. . . .

—No uses espresiones indignas de un filósofo. Mis noticias han venido por un conducto muy sencillo y muy bueno. Heracliano queria negociar un empréstito con los rabinos de Cartago, los cuales, ó por miedo ó por lealtad, ó por ambas cosas, se negaron á prestarle dinero. Heracliano sabia, como saben todos los gobernadores cuando piensan bien en ello, que es inútil acosar á un judío, y se dirigió á mí. Yo no presto dinero, porque es cosa antifilosófica, pero le recomendé á la vieja Miriam, que es capaz de hacer negocios con el mismo diablo. No sé si Miriam le habrá prestado ó no lo que necesita; pero de todas maneras tenemos su secreto;

y si quieres mas noticias, la vieja, que se muere por una intriga casi tanto como por el vino de Falerno, te las podrá dar.

—Bien veo que á pesar de todo eres un buen amigo.

—¿Quién lo duda? Y ahora ¿no es mas fácil y mas agradable este método de saber la verdad que el de hacer que me desuellen un par de esclavos negros, obligándome por despecho á no decir mas que mentiras? Pero aquí viene tu Ganimedes con el vino; llega á tiempo para calmar tus nervios y comunicarte el espíritu de adivinacion. . . . á la diosa del Buen Consejo, mi querido prefecto. ¡Qué vino este!

—Siriaco legítimo, fuego y miel al mismo tiempo; catorce años cumplirá en la próxima vendimia, amigo Rafael. Salte afuera, Hipocorisma. Mira no sea que esté escuchando á la puerta ese bribonzuelo. Me engañaron sacándome por él dos mil monedas de oro hace dos años. Me dijeron que no tenia mas que trece, y ya necesita barbero. Volviendo á nuestra conversacion, ¿en qué piensa Heracliano?



—Piensa en cobrar el premio de la muerte de Estilicon.

—¿No es bastante ser conde de Africa?

—Supongo que alega tambien los servicios de los últimos tres años.

—Es verdad, salvó el Africa.

—Y por consiguiente á Egipto. Así es que tú le eres deudor lo mismo que el emperador.

—Querido amigo, mis deudas son ya tantas, que me es imposible pensar en pagarlas. ¿Pero qué premio quiere?

—La púrpura.

Orestes se estremeció y despues se quedó pensativo. Rafael le estuvo observando un rato, y despues dijo:

—Ahora, mi noble amigo, ¿puedo marcharme? He dicho todo lo que tenia que decir, y si no voy á casa á almorzar ahora mismo, no tendré tiempo de ver á la vieja Miriam y arreglar nuestro negocio con ella antes de anocheecer.

—Espera: ¿qué fuerza tiene?

—Unos cuarenta mil hombres, segun dicen. Los Donatistas están todos con él; y si puede llevarlos á alguna parte donde cambien sus garrotes por acero....

—Está bien, vete. Con cien mil ya podria llevar el negocio adelante, dijo

para si mientras Rafael se marchaba; pero no los reunirá. Sin embargo, ¿quién sabe? ese hombre tiene cabeza de César.... ¡Y el necio de Atalo que me hablaba de unir el Egipto al imperio de Occidente!.... No, no será así tampoco; cualquiera cosa es buena menos el ser gobernado por un idiota y dos hipócritas. El mejor dia espero ser escomulgado por alguna ofensa hecha á la devocion de Pulqueria.... Heracliano, emperador de Roma.... y yo dueño y señor á este lado del mar.... Lanzaremos á los Donatistas contra los Ortodoxos para que se corten mútua y pacíficamente el cuello.... no tendré que temer de la vigilancia de Cirilo ni de sus cartas á Constantinopla.... pero todo eso me va á costar tanta incomodidad....

Diciendo estas palabras, Orestes pasó á darse su tercer baño templado.